


La gente del Abismo

JACK LONDON

Traducción de Javier Calvo

gatopardo ediciones 

Título original: *The People of the Abyss*

© de la traducción: Javier Calvo, 2016

© de esta edición, 2016:

Gatopardo ediciones

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

«Only were to be seen the policemen,
flashing their dark lanterns

into doorways and alleys»,

Jack London (1902).

Imagen de interior:

Devonshire Place, Londres, 1900

ISBN: 978-84-944263-9-1

Depósito legal: B-3196-2016

Impresión: Reinbook Impres, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Devonshire Place, Londres, 1900.

PRÓLOGO

LAS CALLES QUE GRITAN: EL MAELSTROM DE JACK LONDON

En 1902, animado por sus triunfales incursiones en la naturaleza salvaje del Yukón, el escritor-aventurero Jack London partió, convertido en un tipo singular de turista (cortesía de Thomas Cook), a compilar una apasionada crónica de los bajos fondos londinenses. No hay nada en *La gente del Abismo* —reeditado ahora que la metrópolis vuelve a estar brutalmente dividida entre partículas cuánticas de riqueza e indigencia— que no sea dinámico, trepidante, estimulante. En sus páginas hay polémica social enmascarada de epopeya de jóvenes delincuentes. Hay un texto vigoroso que saca a la luz las fallas geológicas de lo que estamos experimentando en la actualidad: vacías torres babilónicas de espectacular arrogancia que proyectan sus sombras sobre la gente que duerme al raso, sobre aquellos que deben mantenerse invisibles y no molestar a los transeúntes si no quieren que los envíen a campamentos para vagabundos, situados bajo las estribaciones de las autopistas, o que los inviten, con billetes sólo de ida, a centros turísticos costeros moribundos.

El escritor convertido en detective presenta su descenso a la pobreza voluntaria a modo de fuga preorwelliana, el viaje de pesadilla de un sonámbulo por una serie de escenarios pestilentes de marginalidad inspirados en Henry Mayhew, Arthur Morrison y Blanchard Jerrold (con grabados apocalípticos de Doré): el reportaje entendido como forma de ciencia ficción. El aguerrido Jack es un viajero del tiempo, un visitante procedente de una civilización más reciente, más limpia, emprendedora y alimentada con carne. Presencia la pompa y la ceremonia de la coronación de Eduardo VII y se queda horrorizado. En todos los sentidos, es un inmigrante temporal de la peor especie. De los que miran, escuchan y hacen preguntas. De los que llevan cuaderno. Es asombroso cómo *La gente del Abismo* se anticipa a figuras posteriores con mochilas; a escritores que labraron sus reputaciones con expansiones líricas sobre sus estancias entre los *fellahin*. London invoca a Jack Kerouac, cincuenta años antes de que se publique el libro más famoso de su compatriota, al centrarse en la expresión que se usa en Estados Unidos para referirse al vagabundeo: «en la carretera». En sus andanzas por el este de esta ciudad, tal como relata en *El viajero solitario*, Kerouac no pasa de la catedral de Saint Paul.

El Londres sometido a investigación es inestable. Es un laberinto, un *maelstrom*. Un abismo. También es una ciudad doblemente dividida: primero por la columna líquida del Támesis y luego por la terrible línea de sombra que separa el oeste del este, la respetabilidad de la mera supervivencia: quienes viven de sus rentas en casas amplias y luminosas, y quienes hurgan en busca de monedas para mantenerse un día más con vida.

La gente del Abismo es intencionadamente sensacionalista: los horrores reglamentados del asilo para pobres, la mala salud, la explotación, el hacinamiento, la enfermedad, la muerte prematura. Todo esto exacerbado por los efluvios del alcohol. Gran parte del material de Jack London, presentado como ficción sensacionalista, viene apoyado por bloques de estadísticas, recortes de periódicos e informes judiciales. El hombre de San Francisco se cruza con Thomas Holmes, el criminólogo y misionero que recopiló *London's Underworld*, publicado por primera vez en 1912. Y al igual que la versión original del libro de Holmes, las primeras ediciones de *La gente del Abismo*, publicadas por Isbister and Company, venían acompañadas de pruebas irrefutables en forma de fotografías sin acreditar.

La realidad es sometida a presión hasta devenir fantástica, grotesca. Jack London, confiándose a guías nativos, policías curtidos y socialistas como él, describe un mundo paralelo. La gente que se encuentra son morlocks, criaturas a las que les está negada la luz. Son seres igual de sombríos y derrotados que el pueblo deforme y subterráneo que describe H. G. Wells. London se esfuerza por presentarse a sí mismo como un recio yanqui, físicamente más fuerte, más alto y más hambriento que las criaturas apagadas de los abismos que se encuentra. Además de la furia controlada ante las injusticias de ese gulag frío y materialista, hay una veta de eugenista en su respuesta: barramos con todo esto. La enfermedad de la derrota. Las razas antiguas que escarban ya sin fuerzas en busca de vida. Nuestro investigador habla de «una mujer de lo más distinguido de la clase obrera inglesa, con numerosas evidencias de refinamiento, que poco a poco estaba siendo engullida por el

repulsivo y podrido lado de la humanidad que los poderes fácticos estaban desplazando desde el centro de Londres hacia el este».

El poder narrativo de la crónica de London deriva de su esencia de ficción representada, de novela documental. Los distintos episodios son moldeados, articulados, dramatizados: conversaciones recordadas o construidas, personajes extremos, la estructura del control y la sumisión. Como texto crucial de la literatura londinense, *La gente del Abismo* bascula entre las metáforas alquímicas del polvo y el agua de *Nuestro amigo común* (1864-1865) de Charles Dickens y las vacilaciones neuróticas entre pornografía y paranoia, centro y barrios residenciales, de *El agente secreto* (1907) de Joseph Conrad.

Todo lo que consigue Jack London durante su temporada en el infierno, disfrazado con harapos prestados, moviéndose con andares chulescos de marinero, contrasta con el escalofriante testimonio de las imágenes de su tiempo. Y la prueba de su legado a los lectores contemporáneos es que la integridad de la narración no se ve mermada por lo que nos muestran las imágenes de la época: la gente enmudecida por el interrogatorio oblicuo de la cámara, las salas abarrotadas, el Albergue Monstruoso para Pobres, la vergüenza de las calles. «El miedo a la multitud me aplastó. Era como el miedo al mar.»

IAIN SINCLAIR
Hackney, Londres

PREFACIO

Las experiencias narradas en este volumen las viví en el verano de 1902. Descendí entonces al submundo londinense con una mentalidad semejante a la de un explorador. Estaba dispuesto a dejarme convencer por mis sentidos, y no por las enseñanzas de quienes no habían visto aquello con sus propios ojos, ni tampoco por las palabras de quienes habían ido allí y lo habían visto antes que yo. Adopté también un criterio sencillo para evaluar la vida de los bajos fondos. Todo lo que supusiera más vida, salud física y espiritual era bueno; todo lo que supusiera menos vida, dañara, mermara y deformara la vida, era malo.

El lector no tardará en descubrir que presencié muchas cosas malas. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que el verano sobre el que escribo era considerado en Inglaterra «una buena época». El hambre y la falta de techo que descubrí constituían manifestaciones crónicas de miseria a las que jamás se había puesto remedio, ni siquiera en los periodos de mayor prosperidad. Al verano en cuestión le siguió un duro invierno. El sufrimiento y la hambruna aumentaron de tal manera que la sociedad ya no pudo hacerles frente. Grandes contingentes de desempleados

protagonizaron manifestaciones, hasta una docena al mismo tiempo, y desfilaban a diario por las calles de Londres pidiendo pan a gritos. En un artículo publicado en el *New York Independent* en el mes de enero de 1903, el señor Justin McCarthy resume la situación con las siguientes palabras:

Los asilos para pobres ya no disponen de espacio en donde colocar a las multitudes hambrientas que suplican comida, y piden cobijo día y noche ante sus puertas. Todas las instituciones caritativas han agotado sus suministros y no saben ya cómo obtener alimentos para los necesitados que viven en las buhardillas y sótanos de las calles y callejuelas de Londres. Los locales de que dispone el Ejército de Salvación en diversas partes de la ciudad son asediados cada noche por hordas de desocupados hambrientos a quienes no se les puede proporcionar ni cobijo ni sustento.

Se ha dicho que mis críticas acerca de la situación en Inglaterra son demasiado pesimistas. Debo decir en mi defensa que no hay nadie más optimista que yo. Sin embargo, no juzgo la condición humana de los agregados políticos, sino de los individuos. Las sociedades crecen, mientras que las maquinarias políticas acaban hechas trizas y convertidas en «chatarra». Para los ingleses, por lo que respecta a los hombres y a las mujeres, a su salud y felicidad, preveo un futuro amplio y amable. Sin embargo, para una gran parte de la maquinaria política, que gobierna el presente incorrectamente, no le vaticino más que el montón de chatarra.

JACK LONDON
Piedmont, California

EL DESCENSO

*Cristo, ampáranos en esta ciudad,
consérvanos nuestro amor y piedad
y nuestros semblantes al cielo aboca
para que no nos volvamos de roca.*

THOMAS ASHE

—Pero no puedes hacer eso, hombre —me dijeron los amigos a quienes yo había recurrido en busca de ayuda para sumergirme en el East End de Londres—. Lo que debes hacer es acudir a la policía para que te guíe —añadieron, pensándolo mejor, esforzándose para adaptarse a los altibajos psicológicos de un demente que se había presentado ante ellos con mejores credenciales que cerebro.

—Pero es que no quiero ir a la policía —protesté—. Lo que quiero es adentrarme en el East End y ver las cosas por mí mismo. Quiero saber cómo vive esa gente allí, y por qué vive allí, y para qué vive. En suma, quiero irme a vivir yo también allí.

—¡No puedes irte a vivir al East End! —me decían todos, con unos rostros que clamaban su desaprobación a los cuatro vientos—. Caramba, si dicen que hay ciertas

partes donde la vida de un hombre no vale un penique.

—Ésos son justamente los sitios que quiero ver —los interrumpía.

—Pero es que no puedes, ¿me entiendes? —replicaban siempre.

—No es para eso por lo que he venido a veros —contestaba yo con brusquedad, algo molesto por su incompreensión—. Soy forastero aquí, y quiero que me contéis lo que sabéis del East End y así tener algo por donde empezar.

—Pero es que no sabemos nada del East End. Está por ahí, en alguna parte. —Y agitaban las manos con vaguedad en aquella dirección en la que, en muy contadas ocasiones, podía verse la salida del sol.

—Pues iré a Cook's —les anuncié.

—Oh, sí —replicaron ellos, aliviados—. Seguro que en Cook's sí que lo saben.

Pero, ¡oh, Cook!, ¡oh, Thomas Cook e Hijo!, exploradores y conocedores de caminos, vosotros que hacéis de baliza para el mundo entero y prestáis ayuda a los viajeros extraviados, que, en un instante y sin vacilar, podrías guiarme por el África Negra o el Tíbet más remoto, no sabéis, en cambio, cómo ir al East End de Londres, que está a un tiro de piedra de Ludgate Circus.

—No puede hacer eso, señor —me dijo el experto en rutas y pasajes de la sucursal de Cook's en Cheapside—. Es muy, ejem..., muy inusual. Consulte a la policía —concluyó en tono autoritario, cuando yo insistí—. No estamos acostumbrados a llevar a viajeros al East End; nadie nos pide que lo llevemos allí, y no conocemos en absoluto ese lugar.

—Bueno, pues olvídense —intervine yo para evitar que su torrente de negativas me expulsara de la oficina—. Pero hay algo en lo que sí pueden ayudarme. Quiero explicarles

lo que me propongo hacer, para que en caso de que surjan problemas puedan ustedes identificarme.

—Ah, ya entiendo. Así, si lo asesinan, podremos identificar el cadáver.

Lo dijo en un tono tan jovial y con tanta sangre fría que, de pronto, me imaginé mi cadáver tétrico y mutilado, extendido sobre una losa por la que discurría un reguero de agua fría, y a él, inclinado sobre mí, identificando con tristeza y resignación el cuerpo del loco americano que quería ver el East End.

—No, no —le contesté—, solamente para identificarme en caso de que me meta en algún lío con los *bobbies*. —Esto último lo dije con entusiasmo; estaba empezando a familiarizarme con el argot local.

—Eso —me dijo— es un asunto que tendrá que decidir la Oficina Central—. No existen precedentes, ¿sabe? —añadió en tono de disculpa.

El hombre de la Oficina Central titubeó.

—Tenemos por norma —me explicó— no dar información sobre nuestros clientes.

—Pero en este caso —le insistí—, es el cliente quien solicita que den a otros información sobre él.

Volvió a titubear.

—Por supuesto —me apresuré a decir—, sé que no hay precedentes, pero...

—Como estaba a punto de comentarle —continuó él, imperturbable—, no hay precedentes, y me temo que no podemos ayudarlo.

Pese a todo, salí de allí habiendo conseguido la dirección de un detective que vivía en el East End, y me dirigí al consulado general americano. Y allí, por fin, encontré a un hombre con el que pude «trabajar». No hubo titubeos,

ni enarcó las cejas, ni mostró incredulidad o asombro. En un minuto me expliqué y le expliqué también mi proyecto, que él aceptó con naturalidad. En el minuto siguiente me preguntó mi edad, altura y peso, y me miró de arriba abajo. Y al tercer minuto, mientras nos despedíamos con un apretón de manos, me dijo:

—Muy bien, Jack. Me acordaré de usted y le seguiré la pista.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Una vez quemadas mis naves, ya era libre para adentrarme en aquella jungla humana de la que nadie parecía saber nada. Pero de pronto tropecé con una nueva dificultad en la persona de mi cochero, un personaje de patillas canosas y sumamente decoroso que durante varias horas me había llevado de forma imperturbable por la City.

—Lléveme al East End —le ordené, tomando asiento.

—¿Adónde, señor? —me preguntó sorprendido.

—Al East End, adonde sea. Venga.

El cabriolé circuló sin rumbo durante varios minutos y luego se detuvo con brusquedad. La abertura sobre mi cabeza estaba descubierta y el cochero se asomó para mirarme, desconcertado.

—Oiga —me dijo—, ¿dónde quiere que lo lleve?

—Al East End —le repetí—. A ningún sitio en concreto. Usted conduzca, a cualquier parte.

—Pero ¿cuál es la dirección, señor?

—¡Óigame! —exclamé—. ¡Lléveme al East End ahora mismo!

Era evidente que no lo entendía, pero retiró la cabeza y, a regañadientes, hizo trotar al caballo.

En ninguna parte de Londres puede uno escaparse de la visión de la pobreza abyecta, puesto que allí donde uno

se encuentre siempre hay un barrio marginal a menos de cinco minutos andando; sin embargo, la zona en la que se estaba adentrando el cochero era un barrio donde la miseria parecía que no fuera a acabarse nunca. Las calles estaban atestadas de una raza de gente nueva y distinta, de baja estatura y aspecto vil y ebrio. A lo largo de varias millas no vimos más que ladrillos, y el panorama que nos ofrecían todas las travesías y callejones no era otro que el de ladrillos y miseria. De vez en cuando aparecía algún hombre o una mujer borrachos y dando tumbos, y el aire nos traía los ruidos obscenos de las riñas y trifulcas. En el mercado, ancianos y ancianas tambaleantes hurgaban entre los escombros arrojados al fango en busca de patatas, judías y verduras podridas, mientras los niños se apiñaban como moscas alrededor de una masa de fruta descompuesta y hundían sus brazos hasta los hombros en una podredumbre líquida, de donde extraían trozos putrefactos que devoraban en el acto.

En todo el trayecto no me encontré ni un solo coche de caballos, y la mía era una aparición procedente de otro mundo mejor, a juzgar por cómo los chiquillos correteaban detrás de él y a su lado. Por todas partes veía muros de ladrillo, pavimentos enfangados y calles atestadas de griteríos; por primera vez en mi vida el miedo a la multitud me aplastó. Era como el miedo al mar: una calle tras otra, la multitud era como las olas de un mar inmenso y maloliente, que rompían contra mí y me amenazaban con engullirme y sumergirme.

—Stepney, señor. La estación de Stepney —me gritó el cochero.

Miré a mi alrededor. Era realmente una estación de tren, y el cochero había conducido desesperadamente has-

ta allí porque era el único lugar que le sonaba de algo en medio de aquella jungla.

—¿Y qué? —le dije yo.

Él farfulló palabras ininteligibles, negó con la cabeza y pareció muy afligido.

—Yo no soy de aquí —consiguió articular—. Y si no quiere ir a la estación de Stepney, no tengo ni puñetera idea de qué es lo que quiere.

—Le diré lo que quiero —le dije—. Siga conduciendo e intente encontrar una tienda donde vendan ropa vieja. En cuanto vea una, siga adelante hasta doblar la esquina, entonces pare el coche y déjeme bajar.

Me di cuenta de que el cochero comenzaba a recelar de que no fuera a pagarle, y poco después se detuvo junto a la acera y me aseguró que un poco más atrás había visto una tienda de ropa vieja.

—¿Me puede usted pagar? —me suplicó—. Me debe siete con seis.

—Sí —le dije riendo—. Y ésta es la última vez que le veo el pelo.

—Dios me ampare, pero si no me paga, entonces seré yo el que no le verá el pelo a usted.

Un grupo de curiosos desarrapados ya se había congregado alrededor del vehículo, así que sonreí de nuevo y me encaminé a la tienda de ropa usada.

La principal dificultad fue hacerle entender al tendero que quería comprar ropa vieja. Sin embargo, después de varios intentos infructuosos por querer endosarme abrigos y pantalones nuevos, el hombre comenzó a sacarme montones de ropa vieja, adoptando un aire misterioso y haciendo vagas insinuaciones. Era evidente su intención de hacerme saber que me había «calado» y obligarme así,

por temor a ser descubierto, a pagar una elevada suma por mis compras. Me había tomado por un hombre en apuros, o bien por un delincuente de clase alta procedente del otro lado del río; en cualquier caso, por alguien que deseaba evitar desesperadamente a la policía.

Yo, sin embargo, a fuerza de discutir con él sobre la escandalosa diferencia entre el precio y la calidad, conseguí quitarle aquella idea de la cabeza y que se conformara con regatear al máximo con un cliente difícil. Al final elegí unos pantalones resistentes, aunque muy gastados, una chaqueta deshilachada a la que le quedaba un solo botón, unas botas de trabajo que obviamente habían servido a su dueño en un lugar donde se removía con palas el carbón, un cinturón estrecho de cuero y una gorra de tela muy sucia. La ropa interior y los calcetines, en cambio, eran nuevos y abrigaban bastante, aunque eran de esos que cualquier vagabundo en América, sumido en la indigencia, no tendría problemas en adquirir.

—Hay que ver qué listo es usted —me dijo con fingida admiración, cuando le di los diez chelines que finalmente habíamos acordado—. Caray, se nota que se ha paseado usted por Petticoat Lane. Esos pantalones valen cinco chelines por lo bajo, y un estibador pagaría dos con seis por los zapatos, sin contar el abrigo y la gorra y la camiseta de carbonero nueva y todo lo demás.

—¿Cuánto me da por ellos? —le pregunté de inmediato—. Yo le he pagado diez chelines por todo, y ahora mismo se lo vendo por ocho. ¡Venga!, ¿qué le parece?

Pero él sonrió y negó con la cabeza, y aunque yo había conseguido un buen precio, tuve la desagradable sensación de que él había salido ganando.

Me encontré al cochero y a un policía hablando confidencialmente, pero este último, tras dirigirme una mirada escrutadora, sobre todo al fardo que llevaba bajo el brazo, dio media vuelta y dejó al cochero refunfuñando. Hasta que no le hube pagado los siete chelines con seis peniques que le debía, el cochero se negó a dar un solo paso. Luego se mostró dispuesto a llevarme hasta el fin del mundo; se disculpó profusamente por su insistencia y me explicó que en Londres uno se topaba con clientes muy raros.

Pero sólo me llevó a Highbury Vale, en el norte de Londres, donde me aguardaba mi equipaje. Allí, al día siguiente, me quité los zapatos (no sin cierto pesar, pues eran muy ligeros y cómodos), el traje suave y gris que usaba para viajar, y, de hecho, toda mi ropa. Luego me vestí con la misma ropa de todos aquellos hombres inimaginables, que debían de haber pasado auténticos infortunios para tener que desprenderse de aquellos harapos a cambio de la cantidad irrisoria que les habría pagado un ropavejero.

En el sobaco de mi camiseta de carbonero, me cosí un soberano de oro (una cantidad para un caso de apuro realmente modesta); luego me la puse. Entonces me senté y reflexioné sobre los años de bonanza y despilfarro que me habían dejado la piel suave y sensible. Y es que la camiseta era igual de áspera y rasposa que una camisa de pelo, y dudo mucho que el más asceta de los ascetas haya padecido más de lo que padecí yo con ella en las veinticuatro horas siguientes.

El resto de mi atuendo me resultó bastante fácil de poner, aunque las botas de trabajo, de cuero calado, me dieron muchos problemas. Eran tan duras y rígidas que parecían de madera, y solamente conseguí meter los pies en ellas después de ablandarlas mucho rato con los puños.

Luego, tras guardarme en los bolsillos un puñado de che-lines, una navaja, un pañuelo, unos papeles amarillentos y picadura de tabaco, bajé las escaleras con paso resuelto y me despedí de mis escrupulosos amigos. Cuando pasé frente a la puerta, la «asistente», una mujer de mediana edad bastante atractiva, no pudo reprimir una mueca que le torció los labios y se los separó hasta que su garganta, impulsada por una compasión involuntaria, emitió esos groseros sonidos animales que tenemos la costumbre de llamar «risa».

En cuanto puse el pie en la calle, me impresionó la diferencia de clase social que ahora mi atuendo ponía de manifiesto. Entre la gente corriente con la que entraba en contacto se había esfumado cualquier gesto servicial hacia mí. *Voilà!* En un abrir y cerrar de ojos, por así decirlo, me había convertido en uno de ellos. Mi chaqueta rota y desgastada en los codos constituía el emblema y el distintivo de mi clase, que era también la de ellos. Me había vuelto igual que ellos: y si antes había recibido adulación y respeto, ahora me había convertido en su compañero. El hombre vestido de pana y con un pañuelo sucio ya no se dirigía a mí como «señor» o «jefe». Ahora me llamaba «colega», palabra hermosa y cordial donde las haya, agradable y llena de la calidez y la alegría de las que carecía el otro término. «¡Jefe!» apesta a dominio, poder y autoridad: el tributo del hombre que está sometido al de encima, pronunciado con la esperanza de que éste se ablandará un poco y aligerará su carga. O bien, dicho con otras palabras, una petición de limosna.

Esto me lleva a recordar el placer que experimentaba vestido con mis harapos, y que suele negársele al americano en el extranjero. De hecho, el americano que viaja

por Europa, salvo que sea muy adinerado, enseguida se ve reducido a un estado crónico de sordidez vergonzante por culpa de las hordas de aduladores ladrones que no lo dejan en paz, desde el alba hasta el anochecer, y que lo despluman de una forma tan descomunal que ríete de los intereses bancarios.

Con mis harapos y andrajos me zafé de la plaga de las propinas, y trataba con los hombres de igual a igual. Es más, antes de que acabara el día ya le había dado la vuelta a la situación y, con enorme gratitud, le dije «Gracias, señor» a un caballero a quien le sujeté el caballo y dejó caer un penique en la afanosa palma de mi mano.

Descubrí que mi nuevo atuendo operaba más cambios en mi condición. Reparé en que cada vez que cruzaba avenidas muy transitadas tenía que ser más rápido a la hora de esquivar los vehículos, y me quedó del todo claro que el valor de mi vida se había abaratado en función de mi ropa. Cuando antes le pedía indicaciones a un policía, él solía preguntarme: «¿En ómnibus o en coche de punto, señor?», mientras que ahora inquiría: «¿A pie o a caballo?». Antes, en las estaciones de tren, me preguntaban por norma: «¿En primera o en segunda, señor?». Ahora ya no me decían nada, simplemente me ponían delante un billete de tercera clase.

Pero todo eso tuvo también su compensación: ver, por vez primera, a la clase baja inglesa cara a cara, y conocer cómo era en realidad. Cuando desocupados y trabajadores hablaban conmigo en las esquinas o en las tabernas, lo hacían de hombre a hombre, como en realidad deberían hablarse los hombres, sin la menor intención de obtener algo de mí por lo que decían o por el modo en que lo decían.

Y cuando por fin llegué al East End, me alegró descubrir que ya no me acosaba el miedo a la multitud. El mar inmenso y maloliente me había engullido y sumergido y me di cuenta de que no había nada que temer; con la única excepción de la camiseta de carbonero.